

blando ahora con el Apostol , de que no somos criados para habitar solamente en este mundo , sino que hemos de buscar otro alojamiento , que creemos por la Fe ser la verdadera , y perfecta felicidad. Sigamos entre tanto los pasos de nuestro amor propio , ocupado todo él en buscar la felicidad , y observemos sus fines , y los caminos que toma para lograr sus intentos , y en quantos arroyuelos de apetitos comunes á todos los hombres se derrama , y divide.

## CAPITULO XIII.

*Del deseo de los bienes , y del aborrecimiento de los males.*

## §. I.

Suelen los Peripatéticos distinguir en el hombre ( no sabré decir si es oportuna , y adecuada esta distincion ) dos apetitos diversos , uno intelectual , ó racional , por el qual se mueve nuestra voluntad á querer todo aquello que dice , ó tiene orden , y conformidad con la recta razon: al otro lo llaman *sensitivo* , por el qual la voluntades llevada hácia todo aquello que aprehendemos por medio de los sentidos. Dividen despues este último en dos partes ; esto es , en la concupiscible , que excita los movimientos del alma hácia todo aquello que se le presenta como provechoso , ó deleytable ; y en la irascible , de la qual nacen los movimientos del alma misma para evitar , ó sacudir de sí todo aquello que aprehendemos como molesto , ó dañoso. Lo mas curioso en este punto es , que como si se tratase de un Palacio reparten estos Filósofos las viviendas , ó aposentos , dando el quarto principal , ó superior al apetito racional , y al sensitivo un quarto inferior. Aun se lisonjean de señalarnos individualmente el asiento de la irascible , y concupiscible , ó en el corazon , ó en el hígado , ó en la cabeza,

za , y qué sé yo dónde mas. Por lo que á mí toca hallo estar bien pensada la division de la irascible , y concupiscible , y me valdré tambien del nombre de los apetitos sensitivos para significar el movimiento de nuestra alma hácia las cosas terrenas , bástandome el decir , que nuestro apetito universal esparcido en tantos particulares apetitos , ó bien se dirija á objetos intelectuales , ó bien á los corporeos , siempre debe ser regulado por la recta razon , y á esta debe siempre obedecer. Pero dexando á parte toda sutil , é intrincada disputa , paso , segun mi sistema , á la division de los apetitos humanos , hijos todos de aquel primario apetito , que llamamos amor innato , ó amor propio , el qual nada otra cosa apetece , y busca que nuestra felicidad propia : por lo que digo , que los dos apetitos mas señalados , y universales que se nos presentan , son en primer lugar el deseo de tener , y gozar todos aquellos bienes de que es capaz la humana naturaleza ; y en segundo lugar el deseo de no tener mal alguno , ó sea el aborrecimiento á todo aquello que es , ó puede ser nocivo , y molesto á nuestro individuo , y á todo lo que apetece. Pongo como diversos estos dos apetitos , bien que , como diremos mas abaxo , puedan reducirse á uno solo ; pero siendo esta distincion mas acomodada , de buena gana usaré de ella. En quanto al primero , es cosa cierta , y en que convienen todos los sabios , y aprobada de nuestra propia experiencia , que el objeto de la voluntad , que actualmente desea , es solamente el bien , y no nos movemos á desear alguna cosa sin que aprehendamos algun bien en ella. Esta inclinacion , y economía nos la ha dado , y continuamente nos la inspira nuestra propia naturaleza , y es como una consecuencia necesaria , que nace de aquel primer principio que arriba dexamos ya insinuado , esto es , del amor propio. ¿Quién habrá entre los hombres , que se desee el mal? Es verdad que muchos quieren , y eligen cosas , las quales no tienen la prerogativa del bien por sí mismas , antes tienen todas las qua-



lidades del mal; pero estos infelices obran así porque seducidos de la ignorancia, ó engañados de las pasiones, que los ciegan, ó de la fantasía que les domina, ó de su entendimiento que los engaña, y es engañado, creen, y tienen por un bien lo que realmente es un mal; y por consiguiente, ni aun entonces dexa esta potencia de querer aquello que es su objeto propio. Hablo aquí del bien considerado en toda su extension, y que abraza toda especie de bien, lícito, ilícito, aparente, y real que suele dividirse en bien honesto, útil, y deleytable: porque no hablamos ahora de aquello que debería querer, y hacer nuestro amor propio: hablamos sí de lo que él mismo nos hace querer, y obrar segun el presente estado de nuestra naturaleza, que es muy diversa, como nos lo enseña nuestra Santa Religion, de aquella bien concertada, y arreglada, que cupo en suerte al primer hombre. La razon por que los buenos, y sabios quieren, y eligen solamente los bienes honestos, y verdaderos, la explicaremos mas abaxo. Bástenos el saber por ahora este primero, é importante axioma; conviene á saber, que así los buenos como los malos, todos buscan el bien, y para buscarlo á todos excita, y mueve el amor propio: el bien, digo, que todos creen que tiene algun respeto, ó relacion con su propia felicidad, sea directa, ó indirectamente, ó sea instrumento, y medio, ó bien sea fin para conseguir un tal estado tan deseado de todos.

## §. II.

**P**OR tanto, todas nuestras acciones, y deseos, que miran derechamente á nosotros mismos, ó á otros hombres, y cosas que están fuera de nosotros mismos, aunque muchas veces nos parezca que nada tienen de bien para nosotros, con todo, quando nos determinamos á elegir las, y hacerlas, es necesario que en ellas imaginemos, y aprehendamos algun bien para nosotros mismos: de otra manera, ni las elegiríamos, ni querría-

mos

mos hacerlas. Pueden servirnos de exemplo para explicar esto las diversas profesiones, y artes, que exercitan tantos hombres, todas las ciencias á que tantos ingenios se aplican. En cada una va buscando algun bien propio suyo el sugeto que, ó la exercita, ó se aplica á su estudio; porque cree que aquella profesion, ó ciencia puede formar, ó aumentar su felicidad propia. El soldado, el cortesano, el enamorado, el mercader, el cazador, y discurriendo así de otros hombres, que se exercitan en qualquier empleo, todos están en movimiento para lograr un bien, del qual se figuran que han de sacar algun pequeño, ó gran placer. Parecerá sin duda, que en muchas acciones no tenemos otro objeto, ni fin que el bien de otros; pero exáminando mejor este negocio, se traslucirá, que aun entonces buscamos nuestro propio bien, y que este es el primer fin de nuestro querer, y de nuestro obrar: y si alguno me dixese ¿qué debemos hacer de la amistad tan alabada, y recomendada entre los hombres? ¿Por ventura no será esta otra cosa, que un tráfico, y comercio del amor propio? Si ademas me preguntase alguno ¿qué será del mismo amor de Dios, en virtud del qual sus fieles siervos hacen, y padecen tanto? ¿Por ventura lo degradaremos hasta figurárnoslo como un útil exercicio, ó interes de nuestro amor propio? Responderé francamente á todo esto, que aun en el amor de los amigos, y en el mismo amor de Dios va el hombre buscando su propio bien; y todo el cuidado que pone, todas las fatigas que emprende, quantos trabajos padece para agradar á la persona que ama, y aun al Celestial Señor, que es Dios, no le hacen perder de vista su aprovechamiento, y su propia felicidad; pero no por esto pierde su estimacion la virtud de la amistad (si queremos llamarla virtud), y mucho menos el nobilísimo amor que todos debemos á Dios, con tal que le amemos con el orden debido; esto es, no por nuestro interes propio, sino porque es digno de ser amado sobre todas las cosas en la tierra, y en el Cielo. Entre

Tom. I.

O

tan-



tanto podemos decir como cosa cierta, y acaso no nos engañaremos, que nuestra voluntad en qualquiera de sus acciones, y movimientos no hace otra cosa que procurar algun bien, y alguna ganancia para nosotros mismos; esto es, directa, ó indirectamente busca comodidades, y deleytes para el cuerpo, ó gustos, y placeres para el ánimo, segun que una de estas cosas mas que la otra nos parece capaz de hacernos felices, ó contentos de algun modo; y por lo menos, ó busca la recompensa del mismo Dios, que es lo mas, ó gloria, y reputacion entre los hombres, y el ser estimado, y amado de ellos: cosas que á la verdad son bienes, y bienes de un alto precio en el comercio del mundo.

## §. III.

**E**L otro apetito general de los hombres, que dexamos insinuado arriba, consiste en desear no tener mal alguno, ó hallarse libre de todos los males. Este deseo tambien nace necesariamente de aquella primera raiz, que llamamos amor propio, el qual únicamente está atento, y se emplea en procurarnos nuestra felicidad, y nuestros gustos. No hay cosa que mas directamente se oponga á este fin, que el mismo mal, como que por su naturaleza destruye la felicidad. No hablo yo ahora del mal moral, sino solamente del fisico, que se halla en el cuerpo, y en el alma, ó por mejor decir en esta sola. El hambre, las calenturas, y otras muchas enfermedades, y dolores del cuerpo, la pobreza, las calumnias, los ultrages, las prisiones, la esclavitud, y otros muchos disgustos del alma, y toda la interminable caterva de desgracias, que habitan perpetuamente en este baxo mundo, ¿quién será aquel, que ó por su propia experiencia, ó por el conocimiento de las desgracias de otros, no sepa que son de tan maligna naturaleza, que una de ellas sola basta para aniquilar, ó disminuir mucho todo el deleyte de qualquier bien que se goce? De aquí, pues, nace  
aquel

aquel horror que tenemos quando los males se acercan á nosotros, y aquel quejarnos quando ya nos molestan. De aquí asimismo nace aquel fuerte apetito, que la naturaleza misma ha infundido en nosotros; pues no bien hemos nacido, quando comenzamos á manifestarlo, apartando de nosotros estos enemigos quando vienen, ó sacudiéndolos si acaso han venido: lo qual nace de la poderosa inclinacion que tenemos de querer solamente nuestro bien, y de no encontrar algun mal, que ó nos amenace, ó descargue sobre nosotros, el qual nos quite, ó impida algun bien. Por tanto, toda nuestra alma se pone en movimiento para impedirle la entrada, procurando quanto puede tenerlo lejos de ella. Ni basta aquí el oponer con demasiada sutileza contra esta doctrina, que el aborrecer una cosa no se llama propiamente apetito, siendo cierto, que solo es apetecible el bien; y nuestra alma por el contrario, no solo no apetece, ni desea, antes bien huye, y no quiere el mal, lo que es un acto todo opuesto al deseo. No es ocasion esta de entrar en disputas de términos, y palabras, principalmente quando muchos de los términos de que nos servimos para explicar los movimientos, y operaciones de nuestra alma, no son tan claros, ni adecuados como los que usamos para explicar las cosas sensibles. Se podría tambien hablando de este modo hallar algun embarazo sobre este nombre de voluntad, llamada así por el mismo querer, quando esta potencia por sí misma quiere alguna vez. Permítasenos por la misma razon llamar apetito aquello que otros querrán llamar aversion al mal; porque en fin el huir, y aborrecer los males, no es en substancia otra cosa, que un deseo de defender, y conservar algun bien que ya se posee, ó de quitar los impedimentos para conseguir el bien que aun no se tiene, pero se desea. Ya que no sea otra cosa, por lo menos el mismo aborrecer el mal incluye el deseo del bien, no obstante que aquello sea efecto de una pasion, y estotro de una accion. Sentado, pues, que la privacion del mal puede llamarse un bien, y



la privación de todo mal un grandísimo bien: como fundamento necesario para la felicidad se puede decir que todos los esfuerzos de nuestra voluntad se dirigen á esta privación. Los antiguos llamaron apetito á la misma voluntad, con todo que puede querer, ó no querer; y dividiendo el apetito sensitivo en concupiscible, é irascible, como ya hemos dicho, dieron bastantemente á entender con esta división, que el huir de los males, que sin duda pertenece á la irascible, puede llamarse uno de nuestros apetitos propiamente, valiéndose de aquellos dos nombres para señalar lo que ahora voy explicando aquí. Finalmente, si quisiésemos confesar con muchos, ó los mas de los Filósofos, que el mal tanto moral, como físico, no tiene un sér, y solo consiste en una pura privación, concebirémos mejor que el aborrecerlo, y huirlo, se reduce á un movimiento de la voluntad con que quiere defender el bien, ya poseído, ó deseado, ó esperado.

## §. IV.

**P**ERO dexando estas controversias litigiosas, que nada importan, dirémos mas presto, que deseando incessantemente todos nosotros el bien, aun quando sea muy vivo, y eficaz el movimiento de nuestra voluntad hácia ciertos determinados bienes, segun que nuestro entendimiento llega á conocer, y descubrir que en ellos consiste nuestra felicidad, y que los podemos conseguir; con todo esto, es mas vigoroso, y orgulloso en nosotros, hablando por lo comun, aquel otro deseo de defendernos, y librarnos de los males, ó para que no lleguen á nosotros, ó para desalojarlos quando han llegado. Somos por lo comun tan poco atentos, y cuidadosos de los bienes que poseemos, que no los conocemos, ni apreciamos; y como aquel que despues que tuvo hambre, y llegó á saciarse, no aprecia los manjares, que antes tanto apetecía, así los bienes del mundo, quando lle-

llegan á poseerse no hacen una grande impresion en nosotros, y así pierden su estimacion, y precio. Sea buen testigo de esta verdad la salud corporal que debemos confesar ser uno de los bienes mas preciosos que podemos gozar en este mundo. ¿Quántos, y quántos la logran, y con todo no la estiman, ó por mejor decir, ni aun consideran que entra en la lista de aquellos beneficios mas principales, por los que debemos dar gracias á Dios continuamente? Demos el caso que á uno de estos le acometa una jaqueca, una calenturilla, ó algun otro dolor en qualquiera parte de su cuerpo: vedlo ya todo alterado, todo ansioso, y deshaciéndose su corazon en lamentos, buscando remedios para su alivio, pareciéndole que ya está privado de todo bien por causa de aquel mal que padece, que como suponemos no es un mal muy grave: no obstante, merece alguna compasion este paciente, porque la felicidad, que como hemos dicho, es el blanco, y término de todas las acciones del hombre, requiere, y pide, como basa, y fundamento, el estar lejos de todos los males; de manera, que aun pudiera decirse, que en el orden de nuestros apetitos el primero es el de no tener males, y despues el de poseer los bienes. Un solo mal, puesto en la balanza de nuestro amor propio (no me meto por ahora en que sea justo, ó injusto), suele pesar mas que cien bienes, pareciéndonos que estos no son bastantes para hacernos verdaderamente felices, quando la molestia de un solo mal, no solamente contrapesa, pero aun excede á toda la dulzura de los bienes, y nos reduce á ser miserables, é infelices. Un mal presente, aunque sea leve, como v. g. un dolor de muelas, una pequeña quemadura, hace tanta impresion en nosotros, que nos hace olvidar el sentimiento gustoso de otros muchos bienes que gozabamos antes: por lo que nuestro apetito, comunmente hablando, con mas fuerza, y vigor se mueve para defenderse de los males, que para adquirir los bienes. Pero sin embargo, estos dos apetitos son las principales ruedas



sobre que gira nuestra voluntad, y de que resultan tan diferentes movimientos de las acciones humanas.

## §. V.

**P**ara declarar mejor, qué es lo que por ahora debemos entender baxo de los nombres de bien, y mal, digo, que segun los impulsos de nuestra naturaleza entendemos, y tenemos por bien todo aquello que puede traernos, ó ser medio para traernos gusto, y contento, ó para acrecentarlo; ó todo aquello que puede minorar, ó quitarnos el dolor. Entendemos por mal todo lo que mediata, ó inmediatamente puede minorar, ó privarnos de algun gusto, y contento, y causar en nosotros tristeza, y dolor. Y porque así el placer, como el dolor pueden causarse en nosotros tanto por parte del cuerpo, quanto por la del alma, por eso hay bienes, y males del cuerpo, y bienes, y males del ánimo. Permítaseme el adoptar esta division, y usar de ella, no porque el cuerpo, que en sí mismo es material, sea capaz de sentir gusto, ó dolor, siendo cierto, que sola el alma es aquella que siente, goza, ó padece los tormentos, y placeres del cuerpo, sino porque esta division sirve para darnos dos ideas útiles, ó necesarias, que entre sí son distintas; esto es, la idea de los bienes, y de los males, que tienen su origen de nuestra parte material; y la idea de los otros, que proceden solamente de la parte inmaterial, ó espiritual, como son la aprehension, y reflexion. Nosotros, pues, somos formados por la naturaleza de esta manera: todo lo que nos parece que pueda causarnos delectacion, y gusto, y asimismo pueda minorar, ó apartar de nosotros el dolor, ó en fin aquello, que si de presente no nos causa placer, aprehendemos que es capaz de causárnoslo con el tiempo: todo esto, digo, es muy á propósito para mover la voluntad humana á que lo quiera, y apetezca; esto es, á que lo abraze, ó lo desee; y esto es lo que llamamos bien,  
ba-

baxo la consideracion de que todo esto compone alguna parte de aquella felicidad á que aspiramos. Por el contrario, llamamos mal á todo aquello que mediata, ó inmediatamente pueda causarnos dolor, afliccion, y molestia (ó bien tenga su origen del cuerpo, ó bien del alma), y esto es lo que al punto mueve nuestra voluntad á no quererlo, aborrecerlo, y huirlo. He dicho que la naturaleza nos ha fabricado con estos dos muelles, para explicarme así, los quales continuamente nos incitan, y mueven á querer aquello que nos causa gusto, y deleyte, y á huir lo que nos causa tristeza, y dolor. Basta que miremos aquellas primeras luces que se descubren en la voluntad de los niños. Si estos no sacan del vientre de su madre alguna idea del dolor, y del placer (que de esto no quisiera ser fiador), por lo menos luego que han nacido, sin que ninguno los enseñe, aprenden, y dan claras señales de aborrecer las molestias del hambre, del frio, y otras incomodidades del cuerpo; como tambien advertimos en ellos otras señales de desear, ó á lo menos aprobar lo que les causa gusto, y placer. Aun mas debemos observar para dar gloria á nuestro Sapientísimo Criador, que no se contentó su Magestad con dar sér al hombre por medio de una composicion tan admirable; sino que tambien le ha dado un instinto natural para saber, y poder conservar este mismo sér, haciendo que por medio de aquello que le excita el dolor, conozca facilmente, y huya de aquellas cosas que pueden dañarle, estableciendo al mismo tiempo que aquellas que son necesarias, ó útiles para mantener la vida, conservar la especie, ó que sirven de ornamento para perfeccionarle, todas estas vayan juntas, y acompañadas con gustos, y placeres.

## §. VI.

**E**L caracter, pues, del bien que quiere, y desea el hombre es el placer, segun la opinion de algunos Filósofos, así como el del mal es el disgusto, y dolor.



En esto se fundó Epicuro para decir, y sostener, que en el placer está colocada la felicidad del hombre; y que por tanto nada otra cosa deseamos, y queremos, que este placer, como que es nuestro último fin. De qué manera sea esto en parte verdadero, y en parte falso, lo veremos despues: por ahora sigamos estos Filósofos, los cuales desean que cada uno se pregunte á sí mismo ¿por qué busca con tanta ansia los bienes, ó del cuerpo, ó del alma, ó los de la fortuna, de todos los cuales, segun el sentimiento comun, resulta en los mortales su felicidad? Se hallará, dicen estos Filósofos, que en tanto desean los hombres estos bienes, en quanto se les figura que en su posesion logran algun gusto, y placer; y si no hubiera en ellos este dulce atractivo, no emplearian en ellos sus deseos. La virtud misma que los Estoicos con mucha razon ensalzaban tanto, quando se considera el motivo, ó motivos de quererla el hombre sabio, de seguirla, y practicarla por sí mismo, y de aconsejarla á otros, aparecerá en fin por opinion de los ya dichos Filósofos, que nuestro amor propio la busca, y abraza no solamente por ser ella el objeto mas bello, y conveniente á la recta razon del hombre, niás tambien porque la virtud trae consigo la mayor felicidad que puede lograrse en este valle de miserias, ó porque funda nuestra esperanza de conseguir otra inmensa, y perfecta en la otra vida, hácia la qual caminamos viviendo en esta. Y á la verdad ¿qué otra cosa entendemos por el nombre de felicidad, de Bienaventuranza, ó vida feliz, sino es el de conseguir, y poseer los bienes, que es lo mismo que decir, lograr la posesion de todo aquello que puede producir en nuestra alma una delectacion perfecta, un contento, y un gusto permanente, y verdadero? Con que el placer, el gozo, la delectacion, concluyen estos Filósofos, es el objeto de nuestro amor. Así tambien los bienes corporales, los intelectuales, los de fortuna, y aun la virtud misma, prosiguen discurrendo, no se desean por sí mismos, sino solamente como ins-

trumentos, y medios para lograr los placeres, y gustos, y llegar á la felicidad, que es la principal mira de la voluntad humana. Y no obstante que la Teología rectamente nos enseñe, que es Dios el último fin del hombre; con todo, confiesa tambien, que á la Bienaventuranza conviene el título de último fin. S. Agustin testifica, que es comun esta sentencia, diciendo en el lib. 13. de Trinit. y en el 19. de Civit. Dei, cap. 3. *Omnes homines conveniunt in appetendo ultimum finem, qui est Beatitude.* Convienen todos los hombres, dice el Santo, en apetecer la Bienaventuranza, que es su último fin. Cómo, pues, pueda concordarse, que Dios, y la Bienaventuranza se llamen igualmente último fin del hombre, lo explica Santo Thomas en la 1. 2. quæst. 3. art. 1. Por lo que á mí toca confieso la verdad, que hablando de la felicidad que en este mundo puede tener el hombre, no sé cómo determinarme á fundarla en el placer, y gusto, por las razones que pondré despues en el Capítulo XXI. por ahora diré, que habiendo ya observado que no solamente es bien aquello que produce delectacion, mas tambien aquello que quita, ó minora los males, y el dolor: por tanto, á lo menos en esta parte es necesario reformar, y corregir la sentencia de Epicuro. Llega á ser de hecho un bien, aun aquello que causa dolor, quando sirve para librarnos de otro mayor mal, ó para conseguir un bien. Los Médicos, y Cirujanos nos dan continuos exemplos, omitiendo por ahora otros, fuera de que hay muchos nombres, los cuales por las ideas que despiertan en nuestro entendimiento, pueden llamarse peligrosos; y pudiendo ser uno de estos el del placer, y deleyte, debiamos por lo menos desear que los Filósofos de la ya dicha opinion hubiesen usado, y usasen de otros términos menos sospechosos que aquellos de gusto, contento, delectacion, alegría, gozo, y otros semejantes, para significar el caracter, ó distintivo que acompaña á las cosas que nos son agradables, y que tenemos por bienes. Finalmente se deben notar aquí otras dos ver-



verdades. La primera, que hay placeres tan distantes de ayudarnos á conseguir la felicidad, que antes bien nos apartan, y llevan á su mayor contraria, que es la miseria. La segunda, que en quanto á la naturaleza que al presente tenemos, se debe advertir, que nuestro amor propio, el qual parece que solamente nos excita, é impele á buscar nuestra felicidad, al mismo tiempo nos incita, y espolea á desear indistintamente, y á procurar todo género de placer, aunque sean contrarios á nuestra verdadera felicidad; porque este apetito es tan ciego como la misma voluntad, que es su principio. Dios mismo es el que nos ha dado este inquieto, é incansable movimiento de nuestra alma para bien de ella misma; pues regulado por la recta razon puede excusarnos de muchos, y graves daños, y hacernos felices del todo. Al contrario, quando este mismo movimiento ó no dá oídos á la razon, ó la hace retroceder, entonces con impetuoso furor nos lleva al precipicio de la mayor infelicidad. Por lo que importa mucho á qualquiera de los hombres, y especialmente á los jóvenes, el estar oportunamente sobre aviso para ver cómo han de arreglar este amor propio, y para conocer que hay muchos bienes, y placeres, que en vez de buscarse, y apetecerse, deben huirse; porque nos conducen, y arrastran al mayor dolor, y mas deplorable miseria, de lo que hablaremos luego al cap. XXI de la felicidad, y tambien en el XXX.

## CAPITULO XIV.

*Del apetito de la conservacion del propio individuo, y de la propia especie.*

## §. I.

Comenzando ahora á dividir, y esparcir en varios ramos aquellos dos apetitos generales de conseguir los bie-

bienes, y evitar los males, que como ya hemos dicho, pueden reducirse á uno solo, digo, que el primero que nace de aquellos dos principales apetitos es el de conservar el individuo propio. Para conocer al punto, que la misma naturaleza nos enseña, y guia al amor de nuestro propio ser, que es este compuesto de alma, y cuerpo, el qual hace que seamos lo que somos, basta el acordarse que el gran Director de toda nuestra voluntad, y de todas nuestras acciones, es aquel amor intenso, y perpetuo con que nos amamos, el qual hace que sea la vida tan amable, y por el contrario sea la muerte tan aborrecible, y tan mal recibida del comun de los hombres. Pruebe alguno á querer privarnos de este precioso tesoro sin razon, ni autoridad para ello; ¿qué esfuerzo no hacemos entonces para defenderle, y guardarle? No hay animal, por pequeño que sea, á quien la naturaleza no haya enseñado á hacer esto mismo. Y quando nos asaltan enfermedades, que amenazan cortar el hilo de nuestros dias; ¿qué horror, y qué tormentos no padecen muchos, quando llegan á entender, ó se persuaden que están á los umbrales de la muerte? Yo sé muy bien, que muchos sacrificarían de buena gana dignidades, y riquezas, y aun Reynos enteros, si pudiesen evitar la muerte de este modo; porque al fin, perdiendo la vida, se pierde todo. El mismo Autor de la Naturaleza, que nos puso en este mundo, quiso que facilmente llegásemos á conocer, y distinguir lo que puede dañarnos, y deshacer esta bella hechura de sus manos, con darnos á este fin los sentidos que nos sirvan de centinela, y de mensageros para informar al entendimiento de todo quanto pasa fuera de nosotros; y ademas de esto con hacer que el dolor nos avise, é informe de tantos cuerpos, y movimientos, que en todo, ó en parte pueden destruir la armonía de este nuestro compuesto, y que el hambre por una parte, y el gusto de los manjares por otra nos mueva, ó incite de quando en quando á reparar aquellos espíritus, y partículas, que insensiblemente va